



El gigante y los perros (detalle)
Albrecht Dürer

BORGES Y JÜNGER. LAS AFINIDADES DE UN ENCUENTRO

ARMANDO ROA VIAL

Cuando Jorge Luis Borges viajó a Alemania, a comienzos de los años ochenta, manifestó públicamente que la razón de su visita obedecía a un propósito deliberado: conocer al que a su juicio era el escritor más importante y transgresor de Europa, el siempre polémico Ernst Jünger. El encuentro entre ambos autores tuvo lugar en Wilflingen, el hogar de Jünger ubicado en el corazón de la selva negra. En 1989, siendo un entusiasta lector de la obra jungueriana, escribí un artículo para una revista universitaria titulado *Ernst Jünger: anarca y humanista*, el que llegó a manos del propio Jünger gracias a la gentileza del escritor rumano Vintila Horia, a quien yo había conocido en Santiago. La respuesta de Jünger, para sorpresa mía, no se hizo esperar: una amable postal, de su puño y letra, que reproduce una fotografía de él junto a Borges en el salón biblioteca de la residencia de Wilflingen. En uno de los párrafos de la postal, Jünger me cuenta la impresión que en el joven Borges había causado la lec-

tura de *Tempestades de Acero*, para muchos la obra maestra del escritor alemán. El término usado por Borges, según Jünger, fue el de "una erupción volcánica".

No es de extrañar la admiración de Borges por Jünger, quien en buena medida encarnó aquello de lo que el escritor argentino se quejaba amargamente: no haber sido favorecido por los dioses con un destino épico. En Jünger pensamiento y acción se hermanaron; palabra y vida estaban cinceladas por una misma mano. Espíritu aventurero e indómito, héroe y malabarista de la guerra, su naturaleza de acero se fue fraguando en la vida peligrosa ("donde crece el peligro crece lo que salva"), en la acción considerada como una prolongación de la idea, de la violencia de la idea sobre la materia. Sin embargo, por encima de las diferencias biográficas, estaban las afinidades: ambos fueron, a su manera, provocadores; tenían la savia común de Schopenhauer, a partir de la cual desarrollaron un fino contrapunto entre la voluntad animal desnuda y el intelecto

puro. Reivindicadores de la excelencia de lo heroico, encarnado en las individualidades poderosas que no transan con las astucias y formas de la sociedad de masas, que reduce lo singular a criterios estadísticos, tanto Jünger como Borges fueron aristócratas del apartamento -el recurso de la emboscadura-, que despreciaron el barullo distractor de un mundo complaciente donde la realidad era viviseccionada en nombre de las pequeñas seguridades de la técnica, un mundo cuya esencia estaba determinada no por su realización viril, conforme a un ideal, sino por la mera capacidad de utilidad y disfrute. El espíritu guerrero, con su tormenta liberadora, bruñe al ser humano con el temple de la reciedumbre. Juan Muraña o Venator -este último la clásica representación del anarca jungueriano- son las dos facetas de una misma moneda, encarnando el "genio de la guerra" (la expresión es de Scheler) "que despoja de la escoria, transforma y ennoblece el pequeño instinto de lucro, la competencia con su alevosía, engaño y envidia." Es la invocación del titanismo, de la libertad como atributo de posibilidades y vértigos, de ilusiones y zozobras.

Evidentemente la guerra es una metáfora del dinamismo de la realidad, de la lucha de fuerzas que convergen, primero, en el hombre mismo, en su tentativa por llegar a ser lo que es, y luego

meñar en su lucha por la preservación de la individualidad. El ser humano no posee una consistencia fija, cerrada; es una posibilidad vacía, abierta al mundo, susceptible de irse completando. Su vida no transcurre -a diferencia de lo que ocurre con el animal- por carriles previamente fijados; su adaptación a la naturaleza es un proceso lento, conflictivo, a veces traumático. El espíritu heroico es, desde esa perspectiva, el espíritu de la decisión. El hombre se hace por la determinación que adopta respecto de sí mismo; el hecho de poseer una estructura inacabada, a medio hacer por la naturaleza, con instintos sumamente rudimentarios en comparación al resto del reino animal, le conmina a enfrentar el destino como una tarea que le compete existencialmente. (Sin ir más lejos, el acto de nombrar las cosas es un acto fundacional: tomar posesión de ellas y hacer).

Borges vivió la disonancia entre racionalidad y realidad. El actuar de la razón, al reducir la riqueza cambiante de lo real al molde fijo de los conceptos, en buena medida la falsea y debilita. La vida, en su condición más auténtica y pletórica, no se deja domesticar bajo el manto de un sistema especulativo. El universo épico Borgeano, "sentido en el arpa y la espada de los sajones", o en el cuchillo de Muraña rasgando la quietud de la noche en los arra-

a esa intuición. Como también su noción de las infinitas posibilidades de los tiempos paralelos, desarrollada en *Ficciones*, que bien puede ser vista como un desenmascaramiento de la precariedad de la razón frente al flujo cambiante de la existencia, que rompe todas las barreras e ignora todas las limitaciones. Por eso es que el lenguaje -aquí Borges y Jünger coinciden, en un guiño a Bergson- probablemente no sirva para la verdad; más aún, que su finalidad sólo sea eminentemente estética, al crear un mundo ideal de forma y belleza. Y ello por cuanto la belleza es expresión de una voluntad victoriosa, bendición y divinización de la existencia, orientación del ser hacia su plenitud.

Vinculado a lo anterior, resulta sugerente el público fervor de Borges y Jünger por un escritor al que hoy en día se relega al olvido: León Bloy. Según me entero a través de una revista alemana, Bloy fue uno de los temas de conversación del encuentro Borges-Jünger. Apodado a un mismo tiempo como "el mendigo ingrato" y, también, como "el peregrino de lo absoluto", Bloy hizo de su vida una épica ejemplar de la rabia y la rebelión frente a un mundo cuya obscena trivialidad lo irritaba. Su nostalgia -tan citada por Borges y Jünger- era la de la huida de Dios, su alejamiento de los hombres, corroídos por la mezquindad y los simulacros, por la

tibieza racionalista tan ingrata a los ojos del cielo como a los ojos del infierno. Bloy es, a este respecto, el punto de convergencia entre dos perturbadores del equilibrio de una época neutra, descualificada, calculadora, que abomina de la metafísica y se entrega a la marea plácida de la vida en superficie, aquella que Eliot tan bien describió en su poema a los hombres huecos: un tiempo de "voces resacas y sin significado".

La relación Borges-Jünger es un claro que recién se abre a los historiadores de la literatura del siglo XX. Hay una serie de engranajes secretos que bien pueden servir de punto de partida para una relectura de Borges, no ya bajo el manto apolíneo con el que majaderamente se lo ha asociado, sino bajo el prisma de ese otro Borges, el dionisiaco y mítico, el que entró desnudo al laberinto sin el hilo de Ariadna, como un héroe trágico dispuesto a cumplir su destino fatal, un destino por completo ajeno a las falacias de la razón, "esa forastera indígena que llama en vano a la puerta de la vida."

(1) Armando Roa Vial. Poeta, ensayista, narrador y traductor chileno, nacido en 1966. De su obra destacan *El apocalipsis de las palabras / La dicha de Enmudecer; Elogio de la melancolía; Para no morir tan despacio* y sus traducciones de Ezra Pound, Robert Browning y de la antigua elegía anglosajona *El navegante*.